

EL DESPOTISMO DEMOCRÁTICO

ALEXIS DE
TOCQUEVILLE

EL DESPOTISMO
DEMOCRÁTICO

Prólogo de
Raymond Aron

Traducción de
Carlos Fernández Muñoz

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
De la démocratie en Amérique
(*Quatrième Partie*)

© del prólogo, *Commentaire*, 1980
© de la traducción, Carlos Fernández Muñoz
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: octubre de 2023

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-126489-3-5
Depósito legal: C-1108-2023

ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
PRÓLOGO, POR RAYMOND ARON	11
EL DESPOTISMO DEMOCRÁTICO	21
Introducción. Sobre la influencia que las ideas y los sentimientos democráticos ejercen en la sociedad política	23
1. La igualdad despierta naturalmente en los hombres el deseo de instituciones libres	25
2. Las ideas de los pueblos democráticos en materia de gobierno son por su naturaleza favorables a la concentración del poder	29

3. Los sentimientos de los pueblos democráticos, al igual que sus ideas, favorecen la concentración del poder	37
4. Sobre algunas causas particulares y accidentales de que un pueblo democrático finalmente centralice o no el poder	45
5. El poder soberano aumenta hoy en las naciones europeas, a pesar de que los propios soberanos son menos estables	57
6. Qué clase de despotismo han de temer las naciones democráticas	81
7. Continuación de los capítulos anteriores	93
8. Visión general del asunto	111

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Presentamos en este volumen, de manera independiente, la parte cuarta y última de la obra magna de Tocqueville, *La democracia en América*, uno de los textos fundamentales de la teoría política. En esta parte final, el autor nos ofrece las conclusiones de su estudio y formula su célebre concepción del despotismo democrático, aquel que amenaza a nuestras sociedades contemporáneas, caracterizadas por la tensión entre la libertad y la igualdad.

Para nuestra edición hemos seguido el texto de la edición francesa de *De la Démocratie en Amérique* incluida en *Oeuvres Complètes de Tocqueville*, ed. de Gustave de Beaumont, Michel Lévy frères, París, 1864, 3 vols. Hemos tenido a mano también la edición publicada bajo la dirección de J. P. Mayer, Gallimard, París, 1954, 2 vols., y la publicada por el mismo sello en la Bibliothèque de la Pléiade, bajo la dirección de

André Jardin, en 1992. Cabe señalar además que la publicación de esta parte cuarta y última de *La democracia en América* como volumen independiente fue llevada a cabo de manera original por Éditions de L'Herne en 2009, bajo el título precisamente de *Le despotisme démocratique*.

A modo de prólogo, incluimos el texto de Raymond Aron que lleva por título «Sur Tocqueville», publicado originalmente por la revista *Commentaire* (1980/2, n.º 10, pp. 282-283).

Aquí ofrecemos al lector una nueva traducción al español de ambos escritos. Las notas, salvo allí donde se indica lo contrario, son de los propios autores.

PRÓLOGO

SOBRE TOCQUEVILLE

Me enorgullece pensar que estoy mejor preparado que nadie para aportar una gran libertad de espíritu a un tema como este, y para hablar sobre los hombres y las cosas sin pasión ni reticencias. Porque, en cuanto a los hombres, aunque se trate de quienes han vivido en nuestro tiempo, estoy seguro de no sentir por ellos ni amor ni odio, y en cuanto a las formas de las cosas llamadas constituciones, leyes, dinastías y clases, carecen, por así decirlo, no ya de valor, sino de existencia ante mis ojos, independientemente de los efectos que produzcan. No tengo tradiciones, carezco de partido, no conozco otra *causa* que la de la libertad y la dignidad humana. De eso estoy seguro.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE,
carta a L. de Kergorlay, 15 de diciembre de 1850

Como observador de su patria, Tocqueville planteó uno de los mayores problemas de nuestra historia, uno que sigue aquejándonos dos siglos después. ¿Cómo conjugar el centralismo administrativo y los procedi-

mientos del régimen representativo en un país de vieja tradición monárquica? ¿Pueden los franceses encontrar un régimen plenamente legítimo, apoyado con unanimidad por los ciudadanos? ¿O acaso Francia, por falta de una democracia local en la raíz de la vida pública, desgarrada por tantos recuerdos trágicos y por lealtades incompatibles, está siempre sujeta a crisis repentinas, más espectaculares que profundas, puesto que, si bien las élites en el poder cambian, la estructura burocrática permanece?

Quizá se produjo un cambio con la instauración de la Quinta República.¹ La Constitución se inspira en las dos tradiciones, la monárquica y la republicana, y los franceses tal vez demostraron en 1968 que la democracia había conseguido su título de legitimidad: la respuesta al motín no consistió entonces en la Revolución, sino en las elecciones.

Por primera vez, además, el presidente de la República y el ministro de Justicia reivindican de buen grado a Alexis de Tocqueville. ¿La nueva ciencia de la política que él deseaba enseñar es hoy la ideología dominante en Francia, por emplear una expresión

1. El régimen vigente en Francia desde el 5 de octubre de 1958. (*N. del T.*)

marxista que el propio Tocqueville desconocía? Me acerco aquí a los límites de la política en el sentido estricto del término, esos límites que casi nunca he cruzado y que no quisiera cruzar en esta ocasión. Permítaseme citar un fragmento de una carta de Alexis de Tocqueville a John Stuart Mill que revela otro aspecto de su pensamiento, y que agradecerá a los compañeros del ministro de Justicia:

No es a usted, mi querido Mill, a quien debo decirle que el mayor mal que amenaza a un pueblo organizado como el nuestro consiste en la debilitación gradual de la moral, el rebajamiento del espíritu y la mediocridad de los gustos: ahí yacen los grandes peligros del futuro. Una nación democráticamente constituida como la nuestra, en la que los vicios naturales de la raza coinciden de manera desafortunada con los vicios naturales del estado social, no debe acostumbrarse fácilmente a sacrificar lo que cree que es su grandeza en aras de su tranquilidad, los grandes asuntos en aras de los pequeños; no es saludable para una nación así creer que su lugar en el mundo es más pequeño, que ha descendido del rango en el que la colocaron sus padres, y que debe consolarse construyendo líneas ferroviarias y haciendo prosperar el

bienestar de cada individuo en medio de la paz, sea cual sea la condición de tal paz. Es necesario que quienes caminan al frente de una nación así mantengan siempre una actitud orgullosa, si no quieren que se desplome el nivel de los hábitos nacionales.

El liberal Tocqueville empleaba en ocasiones un tono gaullista. Grandeza de la patria, libertad de los ciudadanos: este príncipe del espíritu no renunciaba ni a lo uno ni a lo otro. Tras un largo ostracismo, tal vez ahora emerja como una figura unificadora.

Este último adjetivo podría servir como conclusión. Pero como lo previo tiene que ver con este gran hombre tanto como conmigo mismo, me gustaría decir algo sobre mi relación con él. Mi pensamiento no ha sido formado por el suyo. Leí y estudié sus libros cuando enseñaba en la Sorbona, a una edad en la que mi filosofía de la política y de la existencia ya estaba definida. *La democracia en América* me ayudó a comprender los Estados Unidos actuales y *El Antiguo Régimen y la Revolución* me sirvió para interpretar los avatares de la República francesa. Tocqueville vivió bajo cinco regímenes; quienes hoy tenemos más de cuarenta años hemos conocido tres. Sea como fuere, el camino que me condujo a mi liberalismo, según lo

llaman, partió de la crítica a Marx y pasó por la lectura de Max Weber y por la experiencia vital de los regímenes totalitarios. Al final, descubrí a Tocqueville y me conquistó tanto el hombre como el sociólogo o el historiador.

¿Por qué esta relación, esta amistad entre el conde de Tocqueville y quien esto escribe, el académico, el intelectual, el nieto judío de un comerciante de un pueblo de la Lorena? Veo al menos una razón: siento una especie de afinidad electiva con las personalidades complejas, divididas por los principios pero curtidas por la duda, que no confunden lo deseable con lo probable, ni sus gustos con la realidad, y que son conscientes tanto de los límites que nos impone la historia como del margen de libertad que nos deja. Tocqueville contempló América como extranjero y, si bien estaba lejos de admirarla sin reservas, la ofreció como ejemplo a los franceses, al menos en determinados aspectos. Siendo aristócrata por nacimiento y por naturaleza, él no podía amar la democracia. Pero apoyó con toda su razón el movimiento democrático, irresistible, providencial. Se condenó a sí mismo a una ingrata mediación entre los reaccionarios y los revolucionarios, aunque ello significase ser rechazado por unos y otros.